

# El prójimo como fundamento ontológico del reconocimiento subjetivo del sí mismo en la ontología fenomenológica de Jean-Paul Sartre

Danila Suárez Tomé (UBA - CONICET - CEF/ANCBA)

## Introducción

La dialéctica de la mirada ha sido, sin dudas, uno de los tópicos más visitados de la obra de ontología fenomenológica *El ser y la nada* escrita por Jean-Paul Sartre en 1943. Una primera lectura de los capítulos dedicados al para-otro nos otorga, por un lado, una prueba de la existencia del prójimo dentro de las coordenadas del análisis fenomenológico sartreano basado en la intuición de la existencia y, por otro lado, una prueba de la necesidad de la existencia del prójimo para la propia constitución y captación del dominio objetivo psico-físico del sí mismo. La tesis sartreana es célebre: soy y me conozco en tanto soy en la medida en que hay un otro que me mira. ¿Pero qué ocurre en la instancia ontológicamente previa a la constitución del ser objetivo del sí mismo a partir de la mirada del otro? ¿Es, acaso, la existencia del prójimo también la condición necesaria del reconocimiento de la subjetividad del sí mismo, de su nada-de-ser? En el presente trabajo tengo como objetivo mostrar cómo, dentro de la dinámica de la ontología sartreana, la existencia del prójimo no sólo le descubre al sí mismo su modo de ser objetivo y le otorga la capacidad de auto-conocerse, sino que también el prójimo constituye el garante último del reconocimiento del modo de ser subjetivo más originario del para-sí. Mi hipótesis es que es sólo a través de la reflexión pura que el existente humano logra dar cuenta de su ser subjetivo, que dicha reflexión encuentra su origen en la mirada del otro y que la misma revela que la subjetividad del existente humano no existe sino como parte de una comunidad de seres.

## El sujeto sartreano y la reflexividad

En su obra temprana *La trascendencia del ego* Sartre realiza una crítica a la tradición que ha descrito al cogito como una operación reflexiva. Dicha operación toma la forma de una conciencia de segundo grado que pone otra conciencia. El problema de dicha concepción redundante en que contiene en sí una regresión al infinito. La vía de escape al escollo será considerar que la ley de la existencia de la conciencia no se resuelve en una operación reflexiva sino en una prerreflexiva que la presede y la funda ontológicamente. La conciencia se percibe en su intencionalidad originaria de modo prerreflexivo, es decir, no-posicionalmente. La conciencia no se pone a sí misma como al objeto en su función originaria. La posibilidad de la reflexión se fundará sobre este cogito prerreflexivo. Dice Sartre:

[...] lo irreflexivo tiene prioridad ontológica sobre lo reflexivo, puesto que no hay de ninguna manera necesidad del ser reflexivo para existir y que la reflexión supone la intervención de una conciencia de segundo grado. (Sartre, 1968, 35)

La relevancia filosófica del descubrimiento del cogito prerreflexivo consiste en que la conciencia no queda ya identificada con el ego, se des-sustancializa, se des-personaliza, pudiendo adquirir una constitución egológica sólo a partir de una operación reflexiva objetivante. Ahora bien, si ya en *La trascendencia del ego* queda asentada la tesis que mienta que todo acto reflexivo se encuentra fundado en el cogito prerreflexivo, no será sino hasta la escritura de *El ser y la nada* en donde Sartre podrá redondear satisfactoriamente dicha tesis mediante el concurso en el esquema reflexivo de la estructura del “para-otro”. Esto implicará, en última instancia, que para que la conciencia pueda ser puesta como objeto para la reflexión, se precisará de la mediación del prójimo.

La reflexividad se presenta en *El ser y la nada* como un fenómeno complejo que puede ser analizado en tres niveles: la prerreflexividad, la reflexividad pura y la reflexividad cómplice. Estos tres momentos podemos también entenderlos como el nivel existencial de la presencia-a-sí, el nivel del reconocimiento y el nivel de auto-conocimiento y son, a mi entender, los tres momentos constitutivos de la subjetividad del existente humano desde una perspectiva cogitativa de la ontología sartreana. Lo que se nos presenta en cada nivel es un tipo de relación de la conciencia consigo misma que se distingue de los otros por ser más o menos posicional, *i.e.*, objetivante. Detallaré ahora la especificidad distintiva de la reflexión pura, el tipo de reflexión que nos interesa a los fines de mi presentación, frente a la reflexión cómplice.

La reflexión pura constituye aquél modo de reflexión en el cual la conciencia se toma a sí misma como “cuasi-objeto” y no como objeto. Es decir, es una reflexión que se queda literalmente “a mitad de camino”. Entendemos que la necesidad conceptual de dicha reflexión se encuentra dada por el hecho de que a nivel prerreflexivo el para-sí existe sin tomar nota de sí en tanto existente. Mientras que en el nivel reflexivo cómplice, el para-sí logra tomar nota de sí mismo en tanto existente pero so pena de falsear su naturaleza en tanto sólo puede ser aprehendido como un objeto y no como un sujeto. Conceptualmente, entonces, la reflexión purificante vendría a resguardar la posibilidad de una aprehensión no objetiva de la subjetividad del para-sí. Esto es, revelaría la evidencia apodíctica de la subjetividad del para-sí que sería un aprehenderse a sí mismo tal como es en su nada de ser. Pero ¿es posible de hecho una reflexión pura? Para contestar dicha pregunta debemos atender a dos instancias constitutivas de la reflexión: el fracaso que le da origen y la existencia del prójimo.

Atendiendo a la noción misma de reflexión, previamente a distinguirla en pura e impura, podemos notar que ella corresponde a un movimiento del para-sí que se origina en un fracaso. De acuerdo a Sartre la motivación de la reflexión consiste en una doble tentativa simultánea de objetivación y de interiorización. Ser para sí mismo como el objeto-en-sí en la unidad absoluta de la interiorización. Este esfuerzo del para-sí por ser para sí mismo su propio fundamento, por recobrar y dominar su propia huída hacia el en-sí en interioridad, resulta en el fracaso que es la reflexión. Más sucintamente, la reflexión se origina en un fracaso porque en el intento del para-sí de recuperarse a sí mismo en una totalidad interior, se encuentra con una nada que tiene de ser y que lo escinde. Es en este fracaso en donde la noción de para-sí sartreana debe fusionarse con la noción de para-otro, y para que esta noción pueda emerger es necesario dar cuenta, antes que nada, de la existencia del prójimo.

### **La mirada del otro como condición del surgimiento de la reflexión**

Sartre sostiene en *El ser y la nada* que existen dos modalidades de la presencia a mí del prójimo. En primer lugar, menciona la modalidad objetiva, en la cual se experimenta al prójimo como un objeto dado al conocimiento. Esta vía de acceso al prójimo, según entiende Sartre, es la que lleva irremediabilmente al solipsismo. Una concepción cosista del prójimo es poco satisfactoria dado que “debo constituir al prójimo como la unificación que mi espontaneidad impone a una diversidad de impresiones, es decir, que soy aquel que constituye al prójimo en el campo de su experiencia” (Sartre, 2005, 327). Cualquier tipo de teoría filosófica, ya sea realista o idealista, que considere que el vínculo originario con el prójimo es el del conocimiento, no hace más que poner al prójimo en una relación de exterioridad respecto de mí, lo cual, en última instancia, hará del prójimo un objeto siempre meramente probable. Si queremos dar cuenta del prójimo en su dignidad subjetiva, el lazo originario que me abre a su presencia no puede ser un lazo de exterioridad objetiva, sino que debe experimentarse como una conexión interna de ser que pueda dar cuenta de la irreductibilidad de su presencia.

La forma originaria de experimentar al Otro, ya no sólo meramente probable sino cierto, será en tanto el Otro se me revela como prójimo-sujeto. Y, por ende, este prójimo-sujeto no será

conocido sino experimentado por el para-sí mismo en tanto toma nota de su ser-para-otro a través de la posibilidad permanente de ser visto por un Otro. ¿Qué significa que yo experimento que hay un prójimo-sujeto a través de mi ser-para-otro? Para poder responder a esta pregunta fundamental, debemos recurrir a dos fenómenos interdependientes: la vergüenza y la mirada. El método de análisis fenomenológico de carácter existencial que emprende Sartre en *El ser y la nada* se basa, en gran medida, en el análisis de ciertas actitudes y conductas del existente humano y la ulterior reconducción de las mismas a sus “condiciones de posibilidad” que, en última instancia, revelarán, ante la mirada analítica, las estructuras originarias del existente humano.

Analícemos, entonces, el fenómeno de la mirada. Sartre sostiene que la conexión con el prójimo sujeto va a estar dada por la posibilidad permanente de ser visto por él. Bajo esta noción subyace el principio de que sólo puedo ser objeto para un sujeto. Por ende, mi ser objeto debe ser revelado necesariamente a un prójimo que sea sujeto y que no pueda, al mismo tiempo, ser objeto. ¿Qué implica, para mí, ser vista? En el transcurso de una actividad irreflexiva, por ejemplo, dice Sartre, mirar a través de la cerradura de una puerta, tal actividad no es por mí conocida sino experimentada prerreflexivamente. Si, de repente, experimento la mirada de un otro, se producirá cierta modificación estructural en mí que es pasible de ser captada por mi conciencia prerreflexiva: el advenimiento de un ego. Es la mirada del Otro la instancia que me confiere a la vez una constitución egológica, *i.e.*, psicofísica, y la capacidad de experimentarme como un objeto bajo el modo reflexivo. Es la mirada del Otro la que me confiere ese ego que me hace ser lo que soy, no para mí, sino para el otro. El otro me confiere una naturaleza, una sustancialidad. “Mi caída original es la existencia del otro y la vergüenza es la aprehensión de mí mismo como naturaleza, aun cuando esa naturaleza se me escape y sea incognoscible como tal” (Sartre, 2005, 367). Ser mirado es captarse al modo de un objeto sobre el cual recaen apreciaciones incognoscibles. Sartre metafóricamente esta noción, en la obra *A puerta cerrada* con la famosa frase que reza “el infierno es la mirada de los otros”. El prójimo es el ser por quien gano mi objetividad, en tanto yo misma no puedo ser objeto para mí misma, de acuerdo al fracaso originario de la conciencia de tomarse a sí misma, y sólo por sí misma, como objeto. El prójimo, entonces, configura mi subjetividad otorgándole la capacidad del desdoblamiento reflexivo que logra hacer de la conciencia prerreflexiva un ego psico-físico.

Pero sobre lo que quisiera llamar la atención aquí, es sobre el hecho de que la existencia del prójimo no sólo nos garantiza la posibilidad de un auto-conocimiento reflexivo de nuestro ego psicofísico, sino que, además, nos garantiza la posibilidad de un reconocimiento existencial del sí mismo. La reflexión pura, garante de este tipo de reconocimiento, se origina igualmente en esta dialéctica de la mirada. Recordemos ahora dos cuestiones que he mencionado previamente. Por un lado, la cita sartreana de *La trascendencia del ego* según la cual

[...] lo irreflexivo tiene prioridad ontológica sobre lo reflexivo, puesto que no hay de ninguna manera necesidad del ser reflexivo para existir y que la reflexión supone la intervención de una conciencia de segundo grado. (Sartre, 1968, 35)

Atendiendo a esta cita, una podría afirmar que el existente humano podría existir de modo prerreflexivo independientemente de la existencia del prójimo dado que su subjetividad queda garantizada en ese absoluto que es la conciencia irrefleja. Pero he de sostener que esto sólo puede ser cierto en un nivel hipotético, esto es, en la consideración de la posibilidad no contradictoria de la existencia de un para-sí que no tuviera como parte constitutiva de su ser a la estructura del para-otro. Sin embargo, este no es el caso del existente humano. Y aquí es donde quisiera recurrir a una segunda cuestión que he mencionado al principio de este trabajo, a propósito del análisis del ser reflexivo del existente humano: La reflexividad se presenta en *El ser y la nada* como un fenómeno complejo que puede ser analizado en tres niveles: la prerreflexividad, la reflexividad pura y la reflexividad cómplice. Estos tres momentos podemos

también entenderlos como: el nivel existencial de la presencia-a-sí, el nivel del reconocimiento y el nivel de auto-conocimiento y son, a mi entender, los tres momentos constitutivos de la subjetividad del existente humano. Esto implica que el existente humano no existe sólo a nivel prerreflexivo sino que precisa del nivel reflexivo para poder existir como un ser-en-el-mundo. En otros términos, el existente humano es para-sí-para-otro y nunca un para-sí aislado. Esta conclusión, creo, es la que nos revela la reflexión pura.

En los *Cahiers pour une morale* Sartre sostiene que la reflexión pura es la condición de la conversión existencial, que a partir de la misma se debe generar una transformación en la relación del para-sí con su cuerpo, con el mundo, con el otro y consigo mismo. Esto es: el para-sí debe lograr “reivindicar la contingencia, el desvelamiento del en-sí, la subjetividad como no egológica y al Otro como un prójimo-sujeto” (Sartre, 1983, 19). La conversión redundante en un reconocimiento auténtico de todas estas instancias. Y dicho reconocimiento no se puede efectuar de otro modo que a partir de la actualización de una reflexión pura que tome a la conciencia no como objeto sino como cuasi-objeto, que sea capaz de entrever lo que tiene de subjetivo, allende la actitud de mala fe mundana en la que vive inmerso el existente humano en su vida cotidiana. A partir de la reflexión pura, y el reconocimiento subjetivo que comporta, el existente humano lograría “tocar y ver” lo que él mismo es, abriendo la posibilidad para la revocación del proyecto basado en la mala fe y su conversión en un proyecto basado en la autenticidad (Sartre, 2005, 774). Lo que la reflexión pura, en última instancia, revela al existente humano es su nada-de-ser. La estructura originaria del existente humano se reduce a una nada que no puede dar el salto a la existencia como ser-en-el-mundo sin el ser que le confiere el prójimo. Esta revelación abre al existente humano la posibilidad de la conversión existencial, es decir, abre la posibilidad de una existencia auténtica en comunidad y abre el espacio de creación de valores bajo las coordenadas de una ética de la responsabilidad existencialista.

## Referencias

Sartre, Jean-Paul (1968), *La trascendencia del ego*, Buenos Aires, Calden

Sartre, Jean-Paul (2005), *El ser y la nada. Ensayo de ontología fenomenológica*, Buenos Aires, Losada

Sartre, Jean-Paul (2004), *A puerta cerrada*, Buenos Aires, Losada

Sartre, Jean-Paul (1983), *Cahiers pour une morale*, Paris, Gallimard